

Tradiciones orales de las naciones shipibo y uitoto

ANTIGUAMENTE EN EL MONTE LOS ANIMALES, LAS PLANTAS Y OTROS SERES ERAN GENTE



Bulevar de la Lectura Infantil

CASA DE LA LITERATURA PERUANA

COLECCIÓN BULEVAR DE LA LITERATURA INFANTIL 1



*Antiguamente en el monte los animales, las plantas y otros seres eran gente.
Tradiciones orales de las naciones shipibo y uitoto*

© Elena Valera, Harry Pinedo, Roldán Pinedo y Rember Yahuarcani

© Programa Educación Básica Para Todos

para su sello Casa de la Literatura Peruana

Jirón Áncash 207, Centro Histórico de Lima

+51.1.426.2573

publicaciones.casaliteratura@gmail.com

www.casadelaliteratura.gob.pe

Cuidado de edición: Milagritos Saldarriaga y Rony Puchuri

Ilustraciones: Elena Valera, Harry Pinedo y Rember Yahuarcani

Diagramación: Pershing Roncal

Fotografía: Bereníz Tello

Primera edición electrónica, febrero de 2019

ISBN 978-612-47740-5-8

Esta edición digital es de libre acceso y de descarga gratuita, siempre que se cite la fuente.
Está prohibida su comercialización.

Tradiciones orales de las naciones shipibo y uitoto

ANTIGUAMENTE EN EL MONTE LOS ANIMALES, LAS PLANTAS Y OTROS SERES ERAN GENTE

Bawan Jisbë / Elena Valera

Inin Metsa / Harry Pinedo,

Shöyan Sheca / Roldán Pinedo y

Rember Yahuarcani

CÓMO LOS SHIPIBO LE QUITARON LA CANDELA A YOASHIKO INCA

Bawan Jisbë / Elena Valera

En tiempos pasados los hombres shipibo vivían a la orilla del río o de la cocha, ese era siempre su lugar favorito. En ese entonces, cuando cazaban pescado, no tenían cuchillo, lo hacían de caña y lo afilaban bonito y con eso destripaban los peces. La piedra también la utilizaban. Tampoco tenían candela; por eso, cuando ya tenían sus peces cazados los ponían al sol para poder comerlos. El sol también era un poco bajo; dicen, en ese tiempo, no era tan alto. Y en la chacra no tenían casi nada para comer con el pescado.

Los shipibo vivían al lado de Yoashiko Inca, casi convivían con él. Era un inca mezquino, cuando los hombres le pedían palo de yuca para sembrar, Yoashiko le cortaba su yema y les daba así para que no crezca, y no crecía; y cuando le







pedían maíz, les daba tostado. No les enseñaba nada.

Yoashiko tenía en su casa un perico que estaba criando su mujer. En ese tiempo, el perico tenía su pico largo; él veía que en su chacra Yoashiko tenía sembradas guayabas, guabas y otras frutas. Y miraba a los niños que subían al árbol de guabas y las cogían. Yoashiko les espantaba, diciendo: “¡Joo, joo, joo!”, como un animal. “¡Los monos y guasas están cogiendo mi guaba!”, exclamaba. Y al momento los niños se convertían en diferentes clases de monos. Todo eso veía el lorito.

Cuando se iban los hombres shipibo a pescar cerca de su casa, Yoashiko les ponía a algunos un pañuelo rojo en el cuello, diciendo: “¡Joo, joo, joo, las aves están terminando los peces de la cocha!”. Y, al instante, ellos se convertían en toyuyo y garza blanca.

Cuando el lorito le pedía comida, la mujer de Yoashiko siempre le daba duro, le maltrataba. Entonces, de tanto maltrato, pensó: “Voy a ayudar a los hombres, voy a llevarles candela para que puedan cocinar”. Un día, la mujer estaba barriendo en su patio y el perico le pidió comida, quejándose de hambre como hacen los pajaritos. La mujer le dio un escobazo, diciendo: “¡Fuera, molesto!”. Él aprovechó y en un descuido agarró un poco de candela de su dueño y salió volando. Yoashiko se dio cuenta cuando ya estaba el perico arriba con la candela, volando. Se la quiso quitar pero ya



era difícil porque el perico se iba hacia un palo seco, grande, que se llama *shiwawaco*, para poner allí el tizón para que arda. En eso, Yoashiko dijo: “Voy a hacer llover”, y en ese momento tronó y él hizo caer la lluvia bien fuerte, con ventarrón que venía de un lado hacia otro, para tratar de apagar el fuego. Entonces, viendo que iba a apagarse la candela, el lorito llamó a otras aves. En ese instante se dio cuenta que su pico, que era bien largo, ya casi se había acabado: se había quemado mientras agarraba la candela. Ahora era chiquito.

Vinieron el gallinazo, el vacamuchacho, el buitre, la pava y el trompetero para cubrir la candela con sus alas; y cuando venía el ventarrón por un lado, ponían sus alas de ese mismo lado. Al tapar con sus alas, protegiendo la candela contra la lluvia, se pusieron todos bien negritos de humo. Sus plumas quedaron así, negras, cuando pasó la lluvia; por eso todas ellas son aves de color negro.

Mientras tanto, ya el fuego estaba ardiendo con una llama inmensa y de allí, de ese palo seco, cayeron tizones grandes. Aprovecharon los hombres para recoger la candela y así pudieron asar su pescado y cocinar su comida. Y hasta ahora tienen candela.

Otro día, los hombres le pidieron a Yoashiko que les enseñe a cazar con flecha. Yoashiko aceptó rápido y les trajo *izana* sin punta y les enseñó así a cazar. Él tenía varias flechas con punta de chonta,

pero no les daba. Entonces, uno de ellos, al ver que les mezquinaba, fingiendo que estaba aprendiendo a cazar, le robó una y le apuntó con ella. Así pudo atravesar todo su cuerpo con la flecha. De esta manera mataron a Yoashiko, porque mucho maltrataba a la gente. Después, le destriparon, le abrieron la barriga y le sacaron su hiel. En ese momento llegó uno de sus hijos y preguntó: “¿Quién ha sacado la hiel de mi padre?”. Uno de los shipibo había escondido la hiel en su boca y por eso no podía hablar, así el hijo se dio cuenta quién había sido y le cacheteó, haciéndola saltar de su boca. La bolsa de hiel se chorreó, se manchó todo su cuerpo del hombre y se convirtió en un pajarito bien bonito de color verde azulito, que se llama *jöri* y vive en la montaña alta. Los otros shipibo se pintaron con la sangre y con la grasa de Yoashiko Inca y se convirtieron en guacamayos de colores; por eso es que hay guacamayos de color azul, colorados y amarillos. ¡Cuántos tipos de loro habrá...! Mi abuelita *Rabihabë* me contó que todas son personas convertidas.

Después que mataron a Yoashiko Inca, otro inca más bueno, Josho Inca, enseñó a los shipibo a hacer muchas cosas: su vestimenta en telar, sus diseños, sus vasijas. Pero le mataron; es por eso que nosotros ya no hemos aprendido más cosas, dice mi abuelita.

Relato shipibo adaptado del libro *El ojo que cuenta, mitos y costumbres de la amazonía indígena, ilustrado por su gente*. Landolt, Gredna (2005). Lima: IKAM Asociación Editorial.



LOS CUATRO MUNDOS

Inin Metsa / Harry Pinedo

El shipibo, en su vida diaria debe respetar la existencia de los cuatro mundos, de las plantas y de los animales, ya que la diferencia entre ellos y nosotros es solo la comunicación. Los abuelos curanderos o sabios nos conectan con las normas de convivencia de la naturaleza, y debemos regirnos a estas para que no nos *cutipa*, no nos hechicen, y obtener algún beneficio.









Los cuatro mundos son los siguientes: *Jene Nete* es el mundo de las aguas, allí se encuentra Ronin, la serpiente mítica y a la vez cósmica; dueña y madre de todos los seres del agua, y símbolo de la protección y del arte, ya que gracias a ella las mujeres aprendieron el arte del *kene*, que provienen de sus diseños geométricos del Ronin. Además, por su gracia, los shipibo que viven en las riveras pueden alimentarse del pescado que saca de su estómago. También están los soldados del Ronin que son los bufeos colorados. Las sirenas que son sus sirvientas. Los *chaikoni jene* son personajes del agua, que colaboran con los bufeos, como el paiche, el pez más grande que existe en el río.

El *Non Nete* es nuestro mundo. El pueblo shipibo tiene su propia noción acerca del mundo y del espacio donde vive y ha vivido; *jene* el agua, *mai* la tierra, *niimera* el monte donde viven los animales y no podemos habitar los hombres pero sí los *chaikoni* o los *yanapumas*. *Nai* es el lugar donde va la gente buena. Cada ser tiene su espacio, pero ninguno de ellos puede vivir independiente de los otros seres o sus recursos. Aquí están las casas donde moran los *onanya*, los curanderos que manejan las plantas medicinales. *Meraya* es el hombre que tiene mucho conocimiento y sabiduría espiritual.









Panshin Nete simboliza el color de las enfermedades, el color de las desgracias y de la muerte, por ejemplo la fiebre amarilla. *El Panshin Nete* está representado por el arcoíris; cuando aparece decimos alguien se ha muerto. Y es verdad, después te enteras que ha muerto un bebé o una señora y el día se amarilla. Ese es el color *panshin nete*. “*Netera panshinke ikai noa*, alguien ha muerto o alguien va a morir”, presagio de una desgracia.



Jakon Nete es el cielo donde la gente buena va cuando muere; no solo los shipibo o los seres humanos van allí sino también las plantas y los animales. El que muere o está enfermo allí se sana. Es el mundo de la esperanza. El padre sol, la madre luna, las estrellas y el lucero de la mañana son parte del *Jakon Nete*. A las estrellas les decimos *wishmabo* y representan la vida de cada shipibo o animal que ha muerto, simbolizan la perpetuidad. Después de la muerte te conviertes en estrella, siempre vas a estar iluminado y no vas a morir; es la inmortalidad del shipibo.



El hombre shipibo ha convivido en total armonía con la naturaleza y su medio ambiente y, como seres humanos tenemos que haber pasado por todas estas etapas de la vida y la interrelación con esos mundos.

Relato shipibo

EL PUMA NEGRO Y LOS MADEREROS

Shöyan Sheca / Roldán Pinedo y
Bawan Jisbë / Elena Valera

Cierto día, unos hombres shipibo se pusieron de acuerdo para ir a trabajar en la madera. Se juntaron un grupo de personas y fueron a la montaña. Era bien lejos. Se fijaron en un sitio donde podían quedarse y armaron unas chozas entre varios. Al siguiente día, se fueron más adentro a trabajar como todos los días. Había una persona que se quedaba preparando el rancho. Un día, el que estaba cocinando escuchó una voz que dijo: “¿Qué haces?”. El hombre vio que era una persona de casaca negra, pantalón negro y un pañuelo blanco en su cuello. El hombre, asombrado al verlo, le saludó: “*Jowe, chaikoni*, bienvenido, persona







encantada". Le dio miedo porque se dio cuenta que era un hombre raro, se vestía diferente. El visitante le dijo: "Invítame masato"; entonces, el hombre destapó su *chomo* y le invitó. Después siguió pidiendo más masato para que el hombre tuviera que abrir todos sus *chomos*. Lo que el visitante quería era destaparlos para *icarar* todo el masato con su hechizo, y hacer que los que tomaran el masato durmieran profundamente. Pero el cocinero se dio cuenta. "Este es el hombre tigre", dicen que pensó. El hombre tigre, después de abrir todas las tinajas dijo: "Gracias"; pero su sonrisa era muy rara. "Te voy a visitar otra vez", dicen que habló, y se fue. Después que se hubo ido, el hombre pensó: "Ahora qué hago, porque todas las tinajas las abrió. Estos masatos ya están hechizados, mejor les voy a avisar a los demás, para que no tomen". Entonces el hombre agarró una tinaja y derramó el masato. Y justo cuando estaba derramando, aparecieron los trabajadores y le dijeron: "¿Qué haces?". El cocinero les contestó: "Estoy botando el masato porque vino un hombre de vestido negro, su mirada era sospechosa. Era el tigre y quería comernos. Iba a aprovechar cuando tomemos el masato para que no despertemos y él nos pueda comer". Y los hombres no le creyeron. "Estás engañando", le dijeron, "Cómo puedes pensar eso". Y otro hombre dijo: "¿Cómo vas a hablar así?, nosotros que venimos con tanta sed, con mucha hambre y nos vienes con eso". "¡Vamos a tomar!", dijeron todos. El cocinero no sabía qué hacer; pero había uno que era su amigo y lo escuchó y le hizo caso. "Vamos a ver qué pasa con ellos, no vamos a tomar", dijeron los dos.

Los que tomaron se sentían cansados y durmieron profundamente; mientras, los dos que no habían probado el masato preparaban flechas con veneno. De noche, todos estaban acostados bajo sus mosquiteros, menos ellos dos. Más tarde, escucharon ruido de puma negro, que venía del fondo de la montaña, con su rugido bien fuerte. Y el sonido mismo sacudía todo, hacía temblar la tierra, los árboles... todo lo mecía. Entonces el amigo le preguntó: “¿Escuchas?”; y el cocinero respondió: “Sí, es puma negro. Vamos a despertar a todos”. trataron de despertarlos pero no se movían. Entonces, bien preocupados, dijeron entre ellos: “Vamos a subir a un árbol bien delgadito para que no pueda trepar el puma negro”. Subieron con flechas y luego apareció, con su fuerza, el puma. Venía con su familia: su hembra y dos crías. Escucharon cómo iban comiendo a los hombres dormidos; sus cabezas sonaban fuerte cuando rompían sus huesos. Atacaban sus cabezas, pero sus cuerpos los guardaban para llevárselos.

Luego de matar a todos, las crías olfateaban por todos lados mientras que los padres llevaban a los muertos; en ese momento olieron a los que estaban en el árbol y el macho intentó subir. Tanto intentó, que ya estaba casi arriba, pero le picaron con la flecha en el ojo y lo mataron. Cuando murió el macho, la hembra intentó subir. También le hincaron con la flecha en la pata. Allí ella tenía su corazón escondido y por eso murió también. Las crías se fueron, llevando su comida.





Los hombres amanecieron en el árbol y tenían miedo de bajar porque el tigre había quedado parado, apoyado en el palo y parecía vivo. Uno de ellos, que era más valiente, lo convenció al otro: “Vamos a bajar, está muerto”. Empujaron al puma negro con un palo y al instante cayó boca abajo.

Amanecieron bien tristes por sus parientes que el tigre había matado, y se pusieron a preparar más flechas para vengarse de las crías del tigre. Se fueron a buscarlas y encontraron su cueva. Empezaron a juntar leña, la amontonaron justo en la entrada y humearon el hueco para asfixiarlas con el humo. Así mataron a las crías del puma negro y después ellos volvieron a su comunidad.



Eso era en aquel tiempo, cuando los bosques no estaban destruidos por los madereros. Ahora ya no existe casi el puma negro porque los madereros han entrado a sacar la madera, y el puma negro estará al fondo de la montaña alta porque allí no va nadie. En ese lugar siempre existe algo misterioso, como la madre de las culebras, la madre de los animales, la madre de los árboles, espíritus encantados; porque siempre la selva tiene sus espíritus encantados que la protegen.

Relato shipibo adaptado del libro *El ojo que cuenta, mitos y costumbres de la amazonía indígena, ilustrado por su gente*. Landolt, Gredna (2005). Lima: IKAM Asociación Editorial.

ANTIGUAMENTE EN EL MONTE LOS ANIMALES, LAS PLANTAS Y OTROS SERES ERAN GENTE

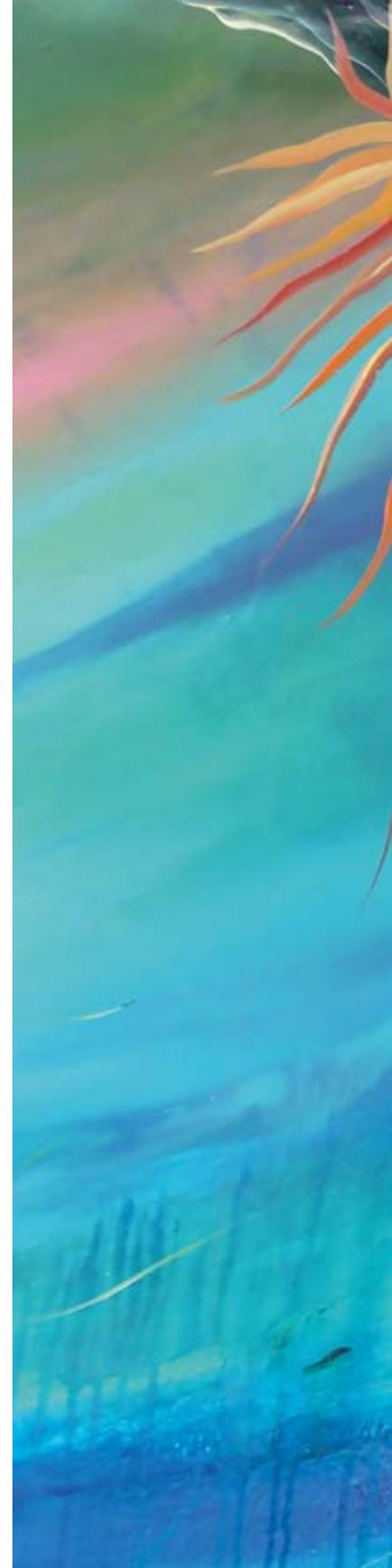
Rember Yahuarcani

Cuentan nuestros abuelos que hace mucho tiempo en la selva solo había agua, oscuridad y frío.

Allí apareció *Moo Buinaima*, el Padre Creador.

Nació de un aliento.

Su presencia etérea se trasladaba por vastos lugares de este mundo.









Escupió sobre el agua y su saliva se transformó en arcilla, así dió origen a nuestra tierra.

Sobre ella nacieron los árboles, animales y demás seres vivos.

De las profundidades de la tierra emergió el ser humano.

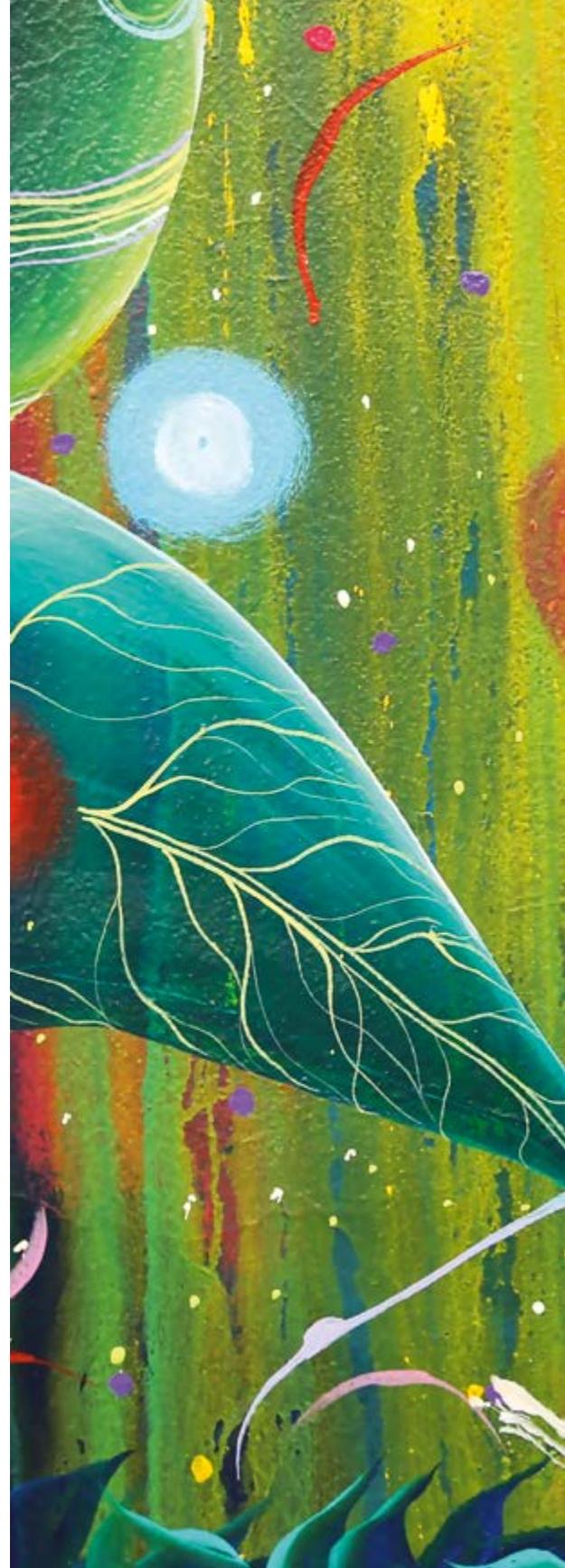
Era una noche oscura y lluviosa cuando *Monaduta*, el primer hombre, se arrastró por el fango hasta llegar a la superficie.

De ella también salieron otros humanos.

Eran diferentes a nosotros.

Algunos peces, otros árboles, serpientes;
con pies, patas, ramas y membranas.

En aquellos tiempos gobernaba la
tierra el malvado dios Tucán. Él había
corrompido el espíritu de los seres de la
selva. Era tarea de los humanos derrotar
el mal.



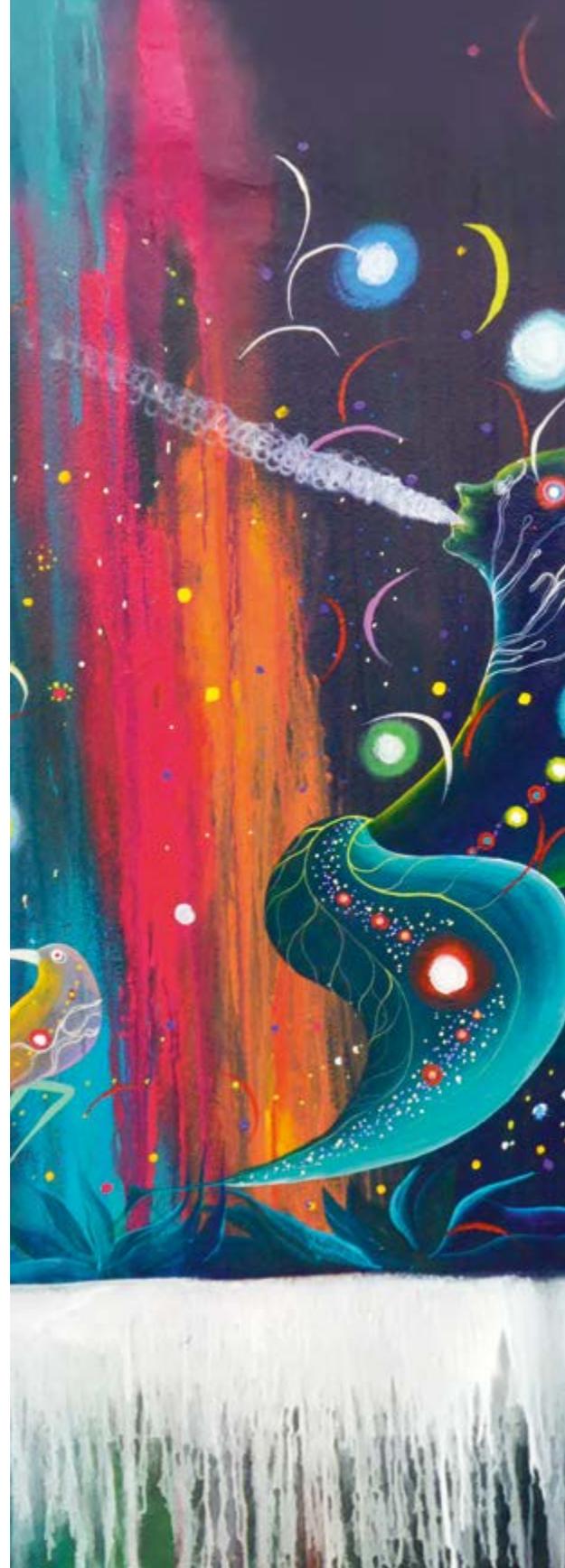






Los nuevos habitantes de la selva recorrieron ríos, montañas, montes y lagos, buscando y transformando a los seres malignos. Poco a poco el Tucán fue derrotado y huyó avergonzado de este mundo.

Ya los humanos habían logrado su tarea. En las noches, reunidos bajo la sombra de los árboles, agradecían la sabiduría recibida de sus ancestros y viajaban en sus sueños al centro de la tierra, y allí escuchaban las palabras y consejos de sus padres. Así podían descifrar qué hacer al día siguiente.





Al transcurrir el tiempo, algunos de ellos se volvieron talentosos cazadores y pescadores, eligiendo vivir en el agua y no en la tierra. Hasta el día de hoy aún los podemos ver entre nosotros.

Muinájega y *Janánugu* son los líderes de esta primera generación de humanos. Ellos crearon la casa, la chacra, las palabras, la medicina natural, los bailes y fiestas. Nos enseñaron a descubrir el alimento en la espesura del monte.







Poco a poco el mundo fue cambiando. Había más personas en la selva. Otros líderes, otros clanes y pueblos. Los primeros hombres nacidos del vientre de la tierra se transformaron en árboles, fenómenos naturales y animales para seguir entre nosotros. Cada día fue más difícil reconocerlos. Así pasó con *Muinájega* y *Janánugu*. Ellos se transformaron en grandes, altas y blancas aves. Nosotros los conocemos como *Juma*, y otros como Garzas. Ellos siguen aquí, vigilándonos, para cuando nosotros necesitemos de su sabiduría y su palabra no sea difícil de encontrar.

Relato uitoto, del clan de la Garza blanca, del río Ampayacu, Loreto, toma su título del mural de la Casa de la Literatura.

Antiguamente en el monte los animales, las plantas y otros seres eran gente es una publicación que reúne tres relatos de la nación shipibo y un mito de la nación uitoto. Antes de publicarse este libro, estas historias fueron representadas pictóricamente en el mural de la Casa de la Literatura por sus mismos narradores: Elena Valera, Harry Pinedo y Rember Yahuarcani. En el mural, cada uno exploró diferentes técnicas y estilos, que se pueden ver en las ilustraciones del libro. Esperamos que estos relatos permitan acercarnos un poco más al imaginario de quienes habitan y conservan la amazonía peruana.



CASA DE LA LITERATURA PERUANA

